

EL PUENTE

Por JULIAN MARQUEZ RODRIGUEZ

Entre la justa cólera de Dios y la impenitente maldad del hombre se abría un abismo espantoso e insalvable. Desde el principio mismo de la Creación, desde que el soplo divino del Padre dió vida y eternidad al hijo, transformándolo de barro en estrella, de tiniebla en luz, de vil materia en legítimo heredero de su Gloria, el hombre ha ido siempre estorbando los amorosos proyectos de su Creador. Le ha fallado una y otra vez, con temeraria asiduidad. Y el Padre, con bondad suma, con paciencia infinita, siguió brindándole nuevas ocasiones para que enderezara sus caminos y enmendara sus anteriores yerros. A cada nueva ocasión, el hombre correspondía con una nueva insolencia, con una nueva ingratitud. Es precisamente en esta postura de amorosa espera en donde pienso que Dios, antes que nada, por encima de todo, es Padre.

¿Qué padre, me pregunto, se siente capaz de defraudar a sus hijos hasta el punto de trocar su profundo amor en absoluto y negro desprecio? Dios, que sabe como nadie esperar, que confía en el arrepentimiento sincero del hijo, brinda a éste una oportunidad más, una oportunidad ante la cual uno se llena de pasmo y admiración, una oportunidad tan generosamente proyectada y hecha, que ha llenado y seguirá llenando de confusión y sorpresa a la humanidad entera, sin distinción de razas o ideologías.

Ahí es nada: ¡Dios, con su justa cólera, con sus poderosas razones para hundir al hijo ingrato en el más pavoroso de los mundos, se decide, en un rasgo de amor inaudito y sublime, a tenderle un Puente Glorioso por el que pueda llegar hasta su excelsa morada! Y nos da a Jesús: Puente Eterno de Eterna Vida.

Ya está el hombre, su hijo predilecto, su obra maestra, en camino recto hacia El. Ya no puede infundirle pavor la ancha boca del insondable abismo. Jesús, el Eterno Puente, está allí, para deshacer la distancia, para enlazar lo que estaba desunido y roto, para disipar la lejanía y la sombra y hacer de la esperanza un sentimiento nuevo y prometedor. Ya tiene el hombre un camino, un modelo, un estilo de vida. Pero algo sobrecoge y hace temblar, algo que pasma y a la vez admira; esa libertad entera y absoluta que Dios ha entregado al hombre con la vida, en un maravilloso gesto de amor y confianza. Y es en esta libertad tremendamente grande e infinita, sin fronteras visibles, en donde se irá forjando el destino del hombre. Dios ha hablado: Camina, eres libre. Mas no lo deja solo, abandonado a sus propias fuerzas: le tiende un Puente...

Hagamos uso de El.



(Foto Antonio)